cho interés, sin advertir los obstáculos que pueda haber en el camino: cuando menos lo pensaba tropieza en uno de ellos, que le hace perder el equilibrio; é instintivamente, sin conciencia alguna, se produce una tendencia á restablecer el equilibrio perdido. Aquí ha habido una reacción sensible inconsciente; porque si dicha persona hubiera esperado á darse cuenta de ello en la conciencia, los medios para evitar la caída serían ya inútiles, porque habrían llegado tarde. Vemos, pues, que la acción refleja en su mayor sencillez no tiene explicación adecuada, si no es dando como causa del movimiento exterior una percepción ó idea sensible, la cual provocó una tendencia instintiva de conservación. ¿Hubiera, en efecto, la persona á quien nos referimos puesto medio alguno para evitar la caída si de algún modo no sintiera la pérdida del equilibrio? Evidentemente que no.

Supongamos por un momento, como lo hacen los fisiólogos, que aquí no ha existido percepción ninguna, que todo ello ha sido un movimiento mecánico sin finalidad, y no relacionado con el instinto de la propia conservación. En este caso, debería ser posible que en vez de contrarrestar el movimiento de la inercia para evitar la caída, sirviese para acelerarla, y aun esto parece más natural en la hipótesis de que la acción fuese puramente física; y, sin embargo, el movimiento es siempre en el mismo sentido, adaptándose á una tendencia instintiva, que sólo puede ser provocada por una sensación.



Por si acaso pudiera caber duda acerca del verdadero carácter de los actos reflejos inconscientes en el caso examinado, acudamos á las experiencias de vivisección. Colóquese á un animal en condiciones de poder vivir sin órganos cerebrales, que son los órganos de percepción consciente. ¿Desaparecerán en el animal las sensaciones? La observación nos hace ver que no. Córtese á una rana la cabeza, que gracias á la respiración cutánea, puede continuar viviendo, y colóquesela en una posición difícil y molesta; ella sentirá y hará esfuerzos para recobrar su posición normal; échesela en el agua y comenzará á nadar del mismo modo que si tuviera completo su organismo, tratará de salvar los obstáculos que se opongan á su marcha, valiéndose en todo esto del tacto, único sentido que le queda. Todos estos movimientos son reflejos é instintivos y tienen su origen en una percepción sensible. ¿Habría el animal forcejeado por recobrar su posición normal sin sentir la molestia del estado anterior? ¿Habría nadado y procurado salvar los obstáculos sin percibir la impresión del agua, y sin conocimiento alguno de lo que impedía su marcha? Es evidente que no.

Continuemos haciendo experiencias sobre el animal, y colocándolo sobre una mesa, pinchémoslo con una aguja; hará, primero, esfuerzos para escapar, agitando todos sus miembros; si la huída es imposible, los movimientos de sus patas se dirigirán al punto de excitación para apartar el objeto que es causa de ella. Y puede

preguntarse ahora: estos movimientos tan bien dirigidos y ordenados ¿pueden obedecer á una causa puramente mecánica? Sin sensación, sin haber percibido la excitación exterior, ¿trataría de huir el animal ni de rechazar el objeto que le molesta é irrita? ¿Tienen, acaso, alguna semejanza estos movimientos con las contracciones musculares producidas en el cadáver del mismo animal por la corriente galvánica? No es necesario multiplicar los ejemplos de actos reflejos elementales; en todos los casos encontraremos que el movimiento es dirigido por una tendencia instintiva, y ésta á su vez determinada por una percepción sensible; la cual, según que sea agradable ó desagradable, útil ó nociva, despierta espontáneamente una tendencia instintiva que impulsa á obrar de un modo ó de otro.

Una de las razones más poderosas que demuestran el carácter psíquico del acto reflejo inconsciente es, que éste se origina muchas veces de un recuerdo ó de una idea, bajo la influencia del hábito ó del instinto; y nadie podrá negar que el recuerdo y la idea son fenómenos de orden psicológico. El mecanismo oral en el que habla, los movimientos de la mano en el que escribe, la maravillosa agilidad de los dedos en el que pulsa un instrumento, la acción variada é insinuante del orador adaptada á la mejor expresión de las ideas, y, en fin, todas aquellas actitudes y movimientos del cuerpo que siempre acompañan á la acción, no pasan de ser en su mayor parte actos inconscientes, verdaderos actos reflejos, aunque mucho más complicados que los anteriores; y todos ellos son dirigidos por una idea, un recuerdo ó cualquier otro fenómeno de representación interior, no pudiendo reducirse, en consecuencia, al orden puramente físico.



Supongamos que un pianista se determina á ejecutar en el piano una composición musical: bajo la influencia de esta idea, y casi inconscientemente, la cabeza, manos y pies, todo su cuerpo, toman las actitudes más apropiadas á la buena ejecución; á medida que sus ojos van leyendo las notas, muchas de ellas inconscientemente, las manos, con admirable precisión, responden á cada una de esas representaciones, todas distintas y en sucesión rapidísima con movimientos los más complicados y casi todos también inconscientes; y todo esto sin confusión, con el mayor orden y armonía. Aquí no ha habido, á pesar de tanta variedad y complicación, ni un solo movimiento que no tenga su origen en una representación; y, sin embargo, la mayoría de ellos han sido inconscientes, es decir, reflejos. Adviértase que todos estos movimientos tan maravillosamente armónicos puede verificarlos el músico, si tiene el hábito de ejecutar la misma pieza, aun cuando la atención esté fija en otra parte, en cuyo caso la inconsciencia es mayor; ó también en estado de sonambulismo, y entonces sin conciencia ninguna. Como se ve, todos los movimientos han tenido su origen en una idea directriz; la disposición de los miembros en forma adecuada ha respondido á la idea de ejecu-

tar la pieza; sin esta idea aquella disposición no hubiera tenido lugar. Cada posición distinta de los dedos ha exigido en el interior también distintas representaciones; y si no ha habido conciencia de todas ellas, serán inconscientes, pero la representación deberá existir. Si el músico ejecuta distraído la pieza, es el recuerdo el que dirige todo el mecanismo motor, y el mismo recuerdo inconsciente en el estado de sonambulismo; quitemos estas representaciones de la memoria, ó, lo que es lo mismo, mandémosle ejecutar una pieza para él desconocida, y ni el distraído ni el sonámbulo arrancarán al instrumento una sola nota. Todo ello demuestra lo que hemos ya dicho antes: que la acción refleja ó es sensación ó tiene su origen en una sensación exterior ó interior, y por tanto es siempre de carácter psíquico y no puramente físico.

Debe notarse, además, la identidad que existe entre los movimientos producidos por la acción refleja y aquellos otros en donde interviene claramente la conciencia. Si en uno de los ejemplos ya citados, en lugar de hacer las experiencias con el animal mutilado, sin cerebro, las hacemos con todo el organismo completo, diríamos que el animal verificaba todos sus movimientos á causa de las sensaciones experimentadas, y que la sensación despertaba y dirigía los instintos de conservación. Si en un caso aquéllos son debidos á la sensación, ¿por qué no en el segundo, siendo los mismos? En los actos reflejos conscientes obedece el movimiento á una necesidad



instintiva provocada por la sensación; las mismas tendencias, el mismo instinto de conservación, idéntica harmonía en los movimientos se observan en los reflejos inconscientes; luego debe admitirse la misma causa determinante en unos que en otros, y si en uno de los casos es esta una percepción ó representación, también deberá existir en el otro.

Los fisiologistas, en general, se contentan con decir de todas aquellas funciones del sistema nervioso en donde no interviene la conciencia, que son *acciones reflejas*, y con esto creen haberlo explicado todo. Déseles el nombre que se quiera, siempre que no se las despoje de su verdadero carácter. En lo que no se puede convenir es en el modo de explicarlas que tienen algunos científicos, los cuales, pagándose de nombres más que de realidades, creen que estos actos reflejos son puro mecanismo del sistema nervioso; y que por lo mismo, sólo al fisiólogo pertenece su estudio, señalando al psicólogo la tarea de estudiar únicamente la conciencia.

Observemos ahora las condiciones del movimiento mecánico, y comparándolo con el producido en la acción refleja, veremos que los dos son esencialmente distintos; que las leyes constantes y uniformes de aquél no se cumplen en éste, y debe admitirse en consecuencia un nuevo factor en donde tengan su origen los distintos modos y variaciones del segundo. Una esfera de marfil dirigida contra un plano repetidas veces en las mismas condiciones, es decir, con igual direc-

ción é intensidad, provocará en el plano idénticas reacciones, comunicando éste á la esfera el mismo movimiento en cada una de las experiencias. Si la intensidad aumenta ó disminuye, ó la dirección varía, la reacción del plano será también mayor ó menor, y variará igualmente el movimiento comunicado á la esfera; es decir, que siendo idénticos la fuerza de excitación y el mecanismo á que se aplica, los efectos serán constantes y uniformes.

Que esta misma fuerza en las condiciones dichas se aplique al organismo animal, y las leyes mecánicas no se cumplen ni siquiera aproximadamente: el cálculo no sirve aquí para nada, pues ni la intensidad ni la dirección de los movimientos tienen proporción alguna con las condiciones de la fuerza aplicada, no obstante que, como en el caso anterior, el mecanismo fisiológico que recibe la fuerza es siempre el mismo. Una excitación débil y suave en la planta de los pies ó en los oídos, produce una sensación fuerte, á veces acompañada de convulsiones violentas; mientras que aumentada la fuerza de la excitación, da por resultado sensaciones débiles y movimientos apenas perceptibles. Aplicada, según lo hemos hecho anteriormente, á la rana desprovista de cerebro la punta de la aguja, unas veces tratará el animal de huir, otras agitará simplemente sus miembros, otras se esforzará por apartar el objeto que le molesta, dirigiendo sus patas al punto de excitación, de suerte que una misma fuerza produce los actos re-



flejos más variados, todos siempre dirigidos á la defensa propia.

Aun cuando así no sucediese, observa acertadamente A. Farges, queda todavía una circunstancia capital que la teoría puramente mecánica jamás podrá explicar. ¿Por qué á tal grado de excitación sigue tal movimiento ó tal asociación de movimientos reflejos, más bien que tal otra? Nada hay, en efecto, en el análisis anatómico de los centros motores y de los centros nerviosos que nos explique por qué se determinan á tal movimiento, con preferencia á muchos otros igualmente posibles. «¿Por qué, pregunta el Dr. Whytt, la irritación de la mucosa nasal ocasiona el estornudo y no la tos, el hipo ó el vómito? ¿Por qué el primero de estos movimientos convulsivos no acompaña á los dolores de dientes, á las impresiones vivas del rostro, lo mismo que de la mucosa nasal, siendo el mismo par de nervios el que se distribuye en estas diversas partes?» La única razón es, porque siendo la sensación producida de naturaleza diferente, debe determinar también movimientos diferentes (1).

Acudamos ahora al testimonio de los fisiólogos, y ellos nos dirán que con la explicación mecánica quedan aún incógnitas que resolver. Algunos, como Whytt, Pflüger, Lewes, Auerbach, etc., se inclinan á admitir la hipótesis de que la médula posee «inteligencia»; otros

(1) Alb. Farges: *Le cerveau, l'âme et la pensée*, pág. 260.

atribuyen memoria á este mismo centro, lo cual le permite asociar las sensaciones y movimientos. Longet, partidario de las teorías mecánicas, confiesa que «hay aquí una laguna que llenar, un punto importante que aclarar; porque evidentemente ninguna de estas teorías (mecánicas) puede dar razón suficiente de todos los hechos que se refieren á los movimientos debidos á la acción refleja». Beclard dice de los actos reflejos, que tienen «un carácter cuya interpretación difícilmente se adivina»; y habla de «una memoria medular elemental», en donde podría encontrarse una explicación adecuada. Richet reconoce que estos hechos «son absolutamente inexplicables (mecánicamente)... que no conocemos todavía del todo esta importante cuestión; que es necesario estudiarla de nuevo...» Dice, además, que la médula debe estar dotada «de una conciencia vaga, de un obscuro poder psíquico de percepción, y que puede modificar su manera de obrar según el carácter de la excitación» (1). Para Cl. Bernard, los fenómenos reflejos pertenecen á la sensibilidad, que es según él «la facultad de reacción en el aparato nervioso todo entero, ó en una porción de este aparato distinto de la célula excitada». Cuando esta reacción se comunica al centro superior, es consciente; cuando se detiene en los centros secundarios,

(1) Richet: *Physiologie des muscles et des nerfs*, p. 663.—V. Farges, *obr. cit.*, p. 262.



entonces es inconsciente, pero no por eso deja de ser un fenómeno sensible (1).

En conclusión: la única teoría que explica satisfactoriamente los actos reflejos inconscientes, es aquella que reconoce la existencia de la sensibilidad en todas las cédulas del sistema ner-

(1) Nos parece oportuno poner aquí lo que escribe Höffding acerca de la naturaleza de lo inconsciente. "Para explicar estos fenómenos, dice, pueden suponerse tres hipótesis.—Podría admitirse que, en los procesos inconscientes, que á pesar de serlo presentan tanta analogía con los conscientes, la conciencia existe en realidad, sólo que desaparece todo recuerdo de ella; pero semejante explicación es arbitraria, porque algunos de estos actos son de tal naturaleza, que hubieran quedado grabados en la memoria de haberse verificado con conciencia.—Podría, también, suponerse que los procesos inconscientes son fenómenos cerebrales nada más. Pero en este caso la diferencia entre los hechos cerebrales acompañados de conciencia y aquellos otros que carecen de ella, quedaría sin explicación alguna posible, y la acción recíproca constante que existe entre lo consciente y lo inconsciente sería, igualmente, ininteligible.—Podemos, por último, suponer que, fuera de las propiedades ó aspectos del ser que estudia la ciencia de la naturaleza material, hay además otras propiedades inaccesibles á la percepción externa, y que fuesen el origen de los fenómenos de conciencia. Las analogías que hemos visto existir entre las actividades consciente é inconsciente, podría darnos una idea de este aspecto de la realidad, inaccesible á la percepción externa, análoga á la que nos formamos de los hechos de conciencia por la observación interior. Se les podría llamar "correlativos psíquicos„. Su naturaleza es en sí indeterminada; únicamente debe admitirse la semejanza y relación íntima de las dos actividades consciente é inconsciente. Mientras que es muy dudoso, añade más adelante, que se pueda hablar de una acción recíproca entre lo psicológico y lo físico, la acción recíproca de lo consciente y de lo inconsciente es un hecho incontestable„.—*Esquisse d'une Psych. fondée sur l'expér;* p. 104-107.

vioso y no en un centro de él solamente; las cuales verifican sus funciones sensibles, tenga ó no el sujeto conciencia de las mismas. Localizar estas funciones en los órganos centrales nada más, como lo hacen los cartesianos y muchos fisiologistas, es una hipótesis arbitraria, anticientífica y contraria á los hechos. En cambio, la psicología tradicional, afirmando la unión substancial del alma y del cuerpo, sostiene que el alma ha encarnado sus facultades orgánicas en todo el organismo, y las sensibles en todas las células del tejido nervioso, cualquiera que sea el lugar que éstas ocupen en el cuerpo.

Como resumen de las ideas expuestas acerca de lo psicológico inconsciente, diremos para terminar: 1.°, que fuera del dominio de la conciencia se verifican fenómenos de la vida de relación, de carácter psicólogico, los cuales son en su naturaleza, en el modo de manifestarse y en su finalidad, idénticos á los que aparecen dentro de la esfera consciente; 2.°, que por esta razón la ciencia psicológica, ni en su objeto, ni en su procedimiento, puede tener como límite la conciencia; 3.°, que la sensación, antes de llegar á ser consciente, ha debido ser inconsciente; y 4.°, que el movimiento sensible inconsciente (acción refleja) no puede ser explicado de un modo exclusivamente mecánico, sino que es un fenómeno de sensibilidad espontáneo, originado en un principio psíquico que informa el sistema nervioso y los órganos motores.

# CAPÍTULO CUARTO

## Fenomenismo y substancialismo

---

### ARTÍCULO PRIMERO

#### EL CRITICISMO EN PSICOLOGÍA

La filosofía del siglo XIX se distingue, ante todo, por su carácter crítico, y dentro de él por la tendencia á examinar la aptitud de nuestras facultades y la legitimidad de nuestras convicciones naturales y espontáneas. En este examen reflejo sobre el valor de los conocimientos humanos, algunos filósofos, los menos, han encontrado la confirmación definitiva del postulado que sirve de base á la filosofía dogmática; otros, en cambio, y forman el mayor número, olvidando las leyes de la sobriedad y la prudencia, condiciones necesarias á todo trabajo fecundo, nos han presentado á la razón reflexiva y crítica en oposición obsoluta con las afirmaciones espontáneas de la humanidad. La última consecuencia de esta dirección viciosa de la crítica filosófica, ha sido